

## **MANUEL V. ORDOÑEZ**

por Alberto Rodríguez Varela

Conocí a Ordoñez entre 1954 y 1955. Tenía por entonces 52 años y se encontraba en la plenitud de su vida. Recuerdo cómo me impactó su oratoria fascinante, que desplegaba en cualquier escenario, frente auditorios colmados o ante pequeños grupos de jóvenes que en reuniones clandestinas escuchábamos impresionados sus lecciones magistrales.

Me hizo el regalo inestimable de su amistad, que se estrechó en las dos últimas décadas de su vida. Mantuve con él conversaciones larguísimas sobre los más variados temas. Le interesaban las especulaciones filosóficas y teológicas, los problemas que giran en torno a la ética política, la Historia y sus múltiples interrogantes, la política cotidiana, local e internacional. Le dolía el país y le entristecía la decadencia argentina. Había vivido y conocido tiempos mejores, con grandes actores, cuando nuestro país suscitaba respeto en el concierto internacional y la probidad era la virtud dominante entre gobernantes y dirigentes políticos. Pero no era un pesimista porque tenía el optimismo sobrenatural de los que saben que el trigo nunca cesa de crecer y tienen la certeza de que en definitiva superará a la cizaña.

Fue brillante siempre. Se graduó de Bachiller en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe con un promedio de 10 puntos. La formación que recibió en sus claustros dejó en su espíritu una marca indeleble. Porque Ordoñez, desde sus años juveniles, fue primero que nada un hombre de Fe. Desarrolló una actividad múltiple pero cumplió su trayectoria aferrado a profundas convicciones religiosas.

Tuvo enorme interés por las realidades temporales. Pero nunca prescindió de la dimensión sobrenatural. Porque jamás olvidó que en definitiva Dios es Alfa y Omega, Principio y Fin, Meta hacia la cual avanzó durante su larga y fecunda vida iluminado por esa fe que recibió de sus padres y que cultivó durante su adolescencia bajo el influjo de los hijos de San Ignacio.

Ordoñez se graduó de abogado, con diploma de honor, en la Universidad de Buenos Aires, en cuyos claustros enseñó Filosofía e Historia de las Ideas Filosóficas hasta su renuncia en 1945.

En 1969 retomó la enseñanza en la Universidad del Salvador. Renunció a esta casa de estudios y se incorporó a la Universidad del Museo Social, donde enseñó Filosofía del Derecho e Historia de las Ideas Políticas desde los 69 hasta los 84 años, con contagioso entusiasmo juvenil.

Su preocupación por el bien común público le impulsó al campo de la política. No estuvo, empero, dispuesto a pagar cualquier precio. Antepuso sus ideales a las pequeñas ambiciones. Declinó, por ello, una candidatura a Diputado Nacional en la década del treinta porque no estaba dispuesto a transar con el fraude electoral. Fue miembro de la Junta de Coordinación Democrática que organizó la marcha de la Constitución y la Libertad del 19 de septiembre de 1945.

Defendió con empeño ejemplar al diario LA PRENSA. Pagó un alto precio, en términos económicos, por esa valiente actitud profesional. Sus clientes se alejaron de su Estudio, con la cobardía que a veces suscitan los intereses fenicios, temerosos de continuar con un abogado que no vacilaba en enfrentar las extralimitaciones del régimen. En esos años difíciles, Ordoñez tuvo policías instalados en su casa, sufrió

cuatro meses de prisión sin proceso y finalmente debió exilarse. El 16 de junio de 1955 su casa fue allanada. Como se encontraba ausente, fueron detenidos sus hijos Manuel, Marcos y Marcelo. En esos momentos cruciales, encontrándose prófugo, redactó los documentos fundacionales de la Democracia Cristiana.

Triunfante la Revolución Libertadora, fue miembro de la Junta Consultiva Nacional. Allí brilló nuevamente su oratoria incomparable. Al debatirse el tema de la libertad de enseñanza pronunció un discurso magnífico, en presencia del cuerpo y del Ministro de Educación, Atilio Dell'Oro Maini.

Su participación fue decisiva en la fundación del Partido Demócrata Cristiano. Pero no tuvo vocación por el internismo ni albergó ambiciones espurias. Era más un maestro que un hombre de partido. Por eso no entendió las discusiones por pequeñeces ni se amoldó a la mediocridad de la lucha entre las facciones. Se alejó así, de modo irreversible, de la actividad partidaria, y se encaminó hacia otros horizontes, sin declinar jamás su interés por la política de su tiempo.

Fue testigo del surgimiento y desarrollo de los totalitarismos del siglo veinte. Vio nacer y morir al nacionalsocialismo y al fascismo. Murió en 1988, un año antes del derrumbe de la cortina de hierro que aislaba a los países subyugados por regímenes comunistas.

El racismo, que fue practicado por los tres totalitarismos, y que alcanzó dimensiones cósmicas bajo el poder de Hitler, suscitó en el espíritu de Ordoñez una particular repulsión. Desde sus comienzos, enfrentó la avalancha nazi con todas sus energías espirituales, poniendo en evidencia en innumerables oportunidades la perversidad del neopaganismo profesado por

el Tercer Reich. Afirmaba que, desde cualquier perspectiva genuinamente cristiana, el antisemitismo debía ser condenado de modo total. Perteneció así a la legión de católicos que se estremecieron ante los horrores del genocidio nacionalsocialista. En la misma sobresalió, con perfiles propios, su maestro y amigo Jacques Maritain. También descollaron hombres de la talla de Peter van der Meer, Jacques Leclerc, Romano Guardini, Luigi Sturzo, Gabriel Marcel, Francois Mauriac, Gerges Bernanós y Josph Folliet. En igual orientación se destacaron nuestros compatriotas Monseñores de Andrea y Franceschi, el Padre Carlos Cuchetti y Jorge García Venturini, amigo inolvidable, académico y filósofo profundo, así como eximio columnista de diarios y revistas. De una u otra forma Ordoñez estuvo vinculado a estas figuras que tanto hicieron por estrechar vínculos entre cristianos y judíos. Ordoñez creía firmemente, con el Padre Congar, que el cristiano que, al decir Padre Nuestro, excluyera de entre sus hermanos a los hebreos, no invocaría verdaderamente al Padre que está en los cielos y no sería oído.

Como otros intelectuales católicos del siglo XX, fue un precursor y un propulsor de la Declaración “Nostra Aetate” del Concilio Vaticano II, en cuyo texto los obispos reunidos en Roma, presididos por el sucesor de San Pedro, deploraron los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de todos los tiempos.

Estos antecedentes, públicos y notorios, fueron los que determinaron que le fuera otorgado el premio Barón Mauricio de Hirsch y que en 1979 se incorporara como experto no gubernamental al Comité de las Naciones Unidas constituido

para bregar por el cese de la discriminación racial en el mundo.

No debe, entonces, sorprendernos que el primer homenaje público después de su muerte lo haya organizado el Museo Judío de Buenos Aires, con el auspicio de la Congregación Israelita, mediante un acto en el que hablaron su Presidente y el Cardenal Antonio Quarracino.

No menos firme fue la posición de Ordoñez frente al expansivo totalitarismo comunista. Basta leer el excelente prólogo que escribió al libro de Pedro de Basaldúa titulado “La garra comunista en América Latina”, para advertir hasta que extremo Ordoñez tenía radiografiado el fenómeno comunista. A su criterio, la Historia no presenta movimiento alguno que haya dominado más gente en menos tiempo y que haya destruido más instituciones sólo en el curso del siglo veinte. Agregaba que el comunismo, más que el fruto de su propio dinamismo, era “la consecuencia del abandono culpable y de la infidelidad del mundo no comunista a los principios espirituales y morales que constituyen la razón de su ser”. Porque he conocido la intimidad del pensamiento de Ordoñez tengo la certeza que hoy -como Solzhenitsyn- marcaría a fuego la creciente penetración del materialismo, el relativismo y el inmanentismo en todo el planeta, con un enorme deterioro para la visión del hombre y de su dignidad connatural.

Cuando la política partidaria lo perdió a Ordoñez definitivamente, fue ganado por otras áreas en las que brilló con su claridad intelectual y su verbo singular. Fue Presidente del Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires en tiempos difíciles. Esta prestigiosa institución desarrolló entonces, a través de la pluma de Ordoñez visible en sus

declaraciones públicas, un magisterio cívico que proponía el oportuno retorno al régimen de la constitución histórica, sin distorsiones que desfiguraran el rostro de la República. No siempre los hechos posteriores se ajustaron a su prédica, pero queda el testimonio de su magisterio en tiempos de guerra interna y de graves conflictos internacionales.

En 1972, cumplidos ya los 70 años, Ordoñez dio un ejemplo de juventud intelectual que provocó el asombro de muchos. Los trajines de su vida pública le habían privado de la concentración necesaria para redactar su tesis doctoral. La tenía en mente desde muchos años antes y la presentó finalmente en diciembre de 1972.

Para preparar esta disertación he vuelto a examinar ese magnífico trabajo, que tituló “El bien común y el Estado”, y que el tribunal examinador calificó con nota sobresaliente, recomendándolo al premio Facultad. Ha sido publicado por la Revista “Foro Político”, del Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad del Museo Social Argentino.

Es una tesis de clara filiación tomista en la que procura deslindar la sociedad política del Estado y marcar la primacía de la persona humana. Además, bajo el influjo de Maritain, sostiene que “individualidad y personalidad son dos aspectos metafísicos del ser humano, cada uno con su fisonomía ontológica propia”. Esta distinción, que tanta oposición recibió de algunos sectores de Argentina y Chile, apuntaba simplemente a marcar que el hombre es parte de la sociedad política pero no con todo su ser porque éste queda siempre reservado a Dios, su fin último. Aquietada hoy la polémica, pienso que en el trasfondo de la controversia había, presumiblemente, cierta aversión política que algunos autores

experimentaban frente a Maritain por su posición ante la guerra civil española y por la firme postura que asumió, junto a los aliados, durante la 2a. guerra mundial. En rigor, lo que el gran filósofo francés procuraba demostrar es lo que enuncia Ordoñez, siguiendo sus pasos, como conclusión de su tesis, en el sentido de que ***“el bien particular está subordinado al bien común porque el hombre como individuo está subordinado a la sociedad como la parte al todo”***, sin perjuicio de que ***“la sociedad esté subordinada al hombre en cuanto persona humana en razón de su trascendencia”***.

Cumplido el requisito doctoral, la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales lo designó Miembro Titular. Ordoñez pronunció su discurso de incorporación el 11 de noviembre de 1975, precedido por las cálidas palabras del Presidente del cuerpo, Alberto G. Padilla, y de Jorge M. Mayer, quien tuvo a su cargo la presentación y recepción del nuevo académico.

La disertación versó sobre “El Derecho Natural” y es una pieza de antología. No sólo por el fondo sino también por la forma como la pronunció, sin texto escrito, con su oratoria formidable. Comenzó haciendo la apología de la persona humana como “lo más excelso de la Creación”, marcando que “el hombre nació para siempre”, porque “está llamado a un fin eterno”.

A continuación, siguiendo a Maritain, definió al Derecho Natural como ***“el orden del ser humano que la razón puede descubrir y de acuerdo al cual la voluntad debe proceder para que el hombre alcance la plenitud de su ser”***.

A juicio de Ordoñez, “quienes se han levantado contra el bien entendido derecho natural son principalmente los

racionalistas y los positivistas jurídicos”. Agregó que ***“son los descendientes del hombre despedazado, el hombre al cual Maquiavelo le quitó la base moral en la política; Kant, la base moral en la filosofía; Rousseau, lo hizo creador de su propia ley; y Comte, negador de todo lo que no cae bajo la experiencia sensible”***

Con palabras de Pío XII, Ordoñez señaló que ***“la crisis de la administración de justicia, que sobrepasa las habituales deficiencias de la conciencia moral cristiana, tiene como causas inmediatas y principales el positivismo jurídico y el absolutismo de Estado, dos manifestaciones que a su turno derivan y dependen una de la otra”***.

Seguidamente, Ordoñez planteó el siguiente interrogante: “Si el derecho positivo no tiene su fundamento en el Derecho Natural ¿en que se funda?” Porque si el derecho positivo fuera causa y efecto al mismo tiempo, habría que aceptar la conclusión de Jellinek, en el sentido de que ***“todo acto emanado del poder soberano, es por naturaleza conforme a derecho y no puede ser contrario al derecho”***, o la de Carré de Malberg, quien sostenía que el Derecho Natural ***“es un error del cual sería de desear que la ciencia del derecho llegue de una vez a desembarazarse”***

Ordoñez califica a esas proposiciones de “dislates” que sólo han servido para desproteger a la persona humana y con énfasis proclama que ***“los jusnaturalistas reclamamos para este mundo convulso en el que nos toca vivir, para esta República que yace en la abyección (Ordoñez hablaba en diciembre de 1975), la recuperación de la vigencia de estos principios fundamentales, anteriores a toda legislación, puestos por el Creador, conocidos por nuestra conciencia y***



***que vivirán con nuestra naturaleza hasta la consumación del mundo”***

Antes de finalizar su discurso, refutó la difundida objeción según la cual la inmutabilidad del Derecho Natural sería incompatible con la variabilidad del derecho positivo. Sobre el punto, Ordoñez señaló que ***“el hombre es esencia y es historia; la historia varía, por lo cual el Derecho Natural, inconmovible e inmutable en su principio y esencia, puede fundar derechos positivos variables en el mundo cambiante de las constelaciones históricas, en las cuales el hombre debe desarrollarse y alcanzar su fin”***.

Es una pena que Ordoñez haya escrito tan poco. Pronunció innumerables discursos, pero fue refractario a volcarlos por escrito. Por eso, a pesar de haber sido el orador más requerido de su tiempo, era renuente a pronunciar disertaciones y comunicaciones en ambas academias -la de Derecho y la de Ciencias Morales y Políticas-, en cuyas sesiones privadas hizo aportes memorables que lamentablemente no han recogido los volúmenes de Anales. Sin embargo, tenía una pluma diáfana y convincente. Cuando murió Maritain escribió un artículo en LA PRENSA que fue premiado como el mejor de los que se publicaron con motivo de ese fallecimiento.

Fue un hombre de Fe, Esperanza y Caridad. Amó a Dios por sobre todas las cosas y tuvo una intensa vida espiritual y sacramental. Era un devoto de Nuestra Señora y confiaba -así me lo dijo- en su intercesión decisiva en la hora de la muerte. Tengo en mi retina la imagen de Ordoñez en oración frente a la imagen de la Virgen en su santuario de Luján, al que

concurrimos el 29 de mayo de 1976, con motivo de un homenaje tributado a Pedro Eugenio Aramburu.

En el último tramo de su vida, su enfermedad de creciente gravedad no logró quebrantarlo. Permaneció firme, hasta el final, proclamando los ideales de toda su vida y guardando rigurosa fidelidad a sus principios y convicciones. A fines de 1987 concurrió al Colegio de Abogados y quiso todavía participar, con palabras inolvidables, en la presentación de mi libro de Historia de las Ideas Políticas. Fue su último discurso.

Se recluyó en su casa y pasó sus últimos días expresando a sus hijos y amigos: “Porque confío en la misericordia de Dios, ahora no me interesa pensar en otra cosa que en la nueva vida que estoy por empezar”.

En la última conversación que tuve con Ordoñez, tres días antes de morir, me reiteró que me dejaba como legado su Suma Teológica, y me entregó, como quien transmite un testimonio, una fotografía que le dedicó Maritain cuando estuvo en la Argentina. Se encontraba sereno, aguardando el encuentro con el Señor. Al entregarme el retrato quiso asociar a esa última despedida el recuerdo del filósofo contemporáneo que más influyó en su formación intelectual.

Al verle, en ese instante final, comprendí que aguardaba la partida con la tranquilidad de los justos. Como el Apóstol Pablo, podía decir en su última hora: ***“He luchado el buen combate, he guardado mi Fe, he terminado mi carrera: ahora sólo me resta ir a recibir la recompensa que el Señor me tiene aparejada, no sólo a mí, sino a todos cuantos han aguardado con amor su venida”.***